

Rodrigo Díaz de Vivar

Flor de la Caballería Cristiana

(En el VIII Centenario del CANTAR DEL MIO CID)

El mundo de habla española celebra por los años de 1940-1941, el VIII Centenario del Cantar del mio Cid. Venezuela ha sido una de las primeras naciones hispano-americanas que se ha sumado, por órgano de su Academia de la Lengua, correspondiente de la Española, a los homenajes que el mundo culto viene tributando al glorioso caballero de Vivar y al inspirado juglar que inmortalizara sus hazafias.

Homenaje justísimo, ya que tanto el Cid, como el Cantar de sus gestas pertenecen igualmente a los españoles de ambos continentes. El Cantar, porque es una de las primeras manifestaciones autónomas de la naciente fabla castellana, que tienen por suya veinte naciones libres; y el Cid, porque es el prototipo y dechado de todos los héroes caballerosos de la raza hispánica, herederos de los que coronaron una cruzada multiseccular con la conquista de Granada y el descubrimiento del Continente americano. Almagro, Cortés, Vasco Núñez de Balboa, Pizarro, y entre nosotros, los épicos e injustamente olvidados Rodríguez Suárez y Garcí González de Silva, son brillantes reproducciones americanas del indomable caballero Ruy Díaz, el Cid Campeador de Vivar.

Rodrigo, el Campeador, y el Cantar del mio Cid, son patrimonio intercontinental del mundo hispánico.

En estas líneas, sin olvidar al juglar, vamos a conceder una atención preferente al caballero. Rodrigo Díaz de Vivar es la flor de la Edad Media Cristiana, es el típico ejemplar del caballero cristiano, humanizado por los principios morales de la Iglesia Católica. Y como tal ha sido proclamado no sólo ni principalmente por los investigadores españoles, sino por historiadores sajones, extraños a ofuscaciones filohispanistas. Tal, por ejemplo, el ilustre profesor de la Universidad de Friburgo, Gustavo Schnürer, en el segundo tomo de su magnífica historia: *Katholische Kirche und Kultur* (La Iglesia Católica y la Cultura), cuyas ideas servirán de base principal a este artículo.

LA EDAD DE HIERRO

La Edad de hierro del Pontificado Romano, convertido en el siglo X en víctima de la ambición de dos nobles familias romanas, coincide con la anarquía provocada en Francia, y en casi todo el continente europeo, por la decadencia del poder real.

Con el advenimiento de los Carolingios, s. VIII-IX, se había generalizado en



Europa el régimen feudal, fundado en bases puramente morales, es decir en la buena fe, en la fidelidad recíproca de señores y vasallos.

El feudalismo llevó al fraccionamiento del derecho de jurisdicción y consiguientemente a la creación de un sin fin de estados independientes. Se calculan en diez mil —sólo en Francia— los señores, prácticamente independientes en el siglo X.

Existían solamente dos clases sociales: los agricultores (fueran siervos, siervos de la gleba o libres) y los caballeros. Sólo a fines del siglo XI comienza a formarse en las villas la nueva clase burguesa, que ha de derribar con el tiempo el sistema feudal.

Los campesinos cultivaban la tierra en arriendo para sus señores; y éstos, los caballeros, no tenían otra profesión que la de la guerra y en tiempos de tregua, la caza y la educación — también guerrera— de sus hijos.

Al desfallecer la mano fuerte que lo pudiera orientar y controlar, es decir el poder real, todo el sistema feudal cayó en una pavorosa disolución.

LA HUMANIZACION Y CRISTIANIZACION DE LA CABALLERIA MEDIOEVAL

Uno de los capítulos más gloriosos de la historia de la misión civilizadora de la Iglesia en el mundo occidental es la humanización y elevación moral de la Caballería.

El ejercicio militar había venido a ser poco a poco patrimonio de las clases ricas. El armamento y las expensas de las campañas militares suponían gastos considerables desde que en el siglo IX vino a generalizarse la costumbre de combatir exclusivamente a caballo. De ahí el nombre de caballero que era sinónimo de guerrero. Los guerreros pobres habían de hacerse vasallos de los más ricos.

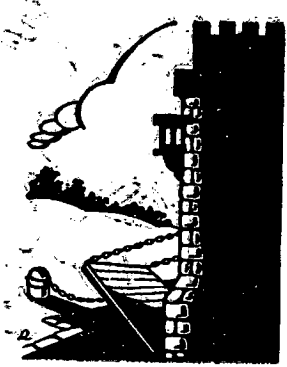
El movimiento de elevación moral de la caballería en Francia —de donde se comunicó al resto de Europa— coincide nuevamente con el movimiento de restauración católica, iniciado por los monjes de Cluny. La transformación de los feroces caballeros de las luchas banderizas en caballeros de Cristo, fué una labor lenta y gloriosa. Afortunadamente contaban con una base admirable para su renovación espiritual: eran creyentes, a su modo, con una fe sincera, total e indiscutida. Amaban a la Iglesia y detestaban cordialmente a los Paganos, Mahometanos, y Judíos. Eran muy capaces de arrasar templos y abadías para dotar inmediatamente otras abadías y templos y pedir sinceramente oraciones a los monjes, emprender penosos ejercicios de penitencia por sus bárbaros atropellos, o peligrosas peregrinaciones a Roma, Santiago de Compostela y el Santo Sepulcro de Cristo en Jerusalem. Su fe religiosa fué la base de su transformación.

Característico de aquella edad salvaje, paradógica y grandiosa es el espectáculo de los barones normandos, que atacan y apresan al Papa León IX en la batalla de Civitate, 1053, para postrarse inmediatamente ante el Papa cautivo y suplicarle que los perdonara y les levantara la excomunión.

Las etapas de esa transformación no pueden detallarse cronológicamente. Hay una primera tendencia a canalizar la peligrosa energía de los caballeros cristianos lanzándolos a la guerra contra los infieles en España y en las dos Sicilias; sigue el movimiento en parte fracasado de La Paz de Dios; en cambio obtiene casi un pleno éxito el nuevo movimiento de La Tregua de Dios; y la Iglesia orienta definitivamente la caballería a la conquista de Tierra Santa en la epopeya gloriosa de las Cruzadas. Imposible desarrollar cada uno de estos aspectos de la acción benéfica de la Iglesia sobre los caballeros, desde fines del siglo X y principios del siglo XI hasta el final de las Cruzadas.

Consecuencia de cada una de estas etapas de influjo son: la ayuda de los caballeros franceses en la reconquista española; la acción de los barones normandos en las Dos Sicilias, comenzando desde Salerno hasta la conquista de la isla de Sicilia por los hermanos Roberto y Roger Guiscardo después de tres siglos de dominación árabe; los sucesivos decretos de los concilios provinciales franceses que llevan a la prohibición de guerrear impuesta a los clérigos; la misión del sacerdote





es rezar, y la del rey, guerrear"; y al consiguiente respeto exigido a los caballeros, bajo pena de excomunión, para las personas y cosas eclesiásticas, los pobres, los ancianos, las viudas y los huérfanos; "es deshonor de un caballero atacar a un indefenso"; la formación de un profundo sentimiento religioso, expresado en la ceremonia de la investidura de caballero: "Escuchad, Señor, mis plegarias y bendecid de mano de vuestra Majestad esta espada, de que vuestro servidor quiere ser ceñido con el fin de poder defender y proteger las Iglesias, las viudas, los huérfanos y todos los servidores de Dios contra la crueldad de los paganos y ser el terror de todos los que les ponen asechanzas".

LA CHANSON DE ROLAND

El ideal que animaba a los caballeros franceses, que a fines del siglo XI, colmados de bendiciones de los monjes de Cluny, partían a Tierra Santa a rescatar el Sepulcro del Señor, está literariamente reflejado en la Chanson de Roland, pieza de la poesía épica francesa.

Roldán, marqués de Breaña, pereció en los Pirineos el año 788 a manos de los vascos, que atacaron la retaguardia del emperador Carlomagno, que tornaba a Francia de su expedición a la Marca Hispánica.

Hoy día nadie dudará que la leyenda de Roldán no se formó hasta el siglo XI y que la Chanson no se compuso hasta el siglo XII, por los años 1120-1124. Y es también evidente que el Roldán del poema se diferencia casi radicalmente del Roldán histórico. Refleja una mentalidad, desconocida en el siglo VIII y que encaja admirablemente en los caballeros de la primera cruzada. Hay en él un respeto a la ley que no conocieron los anárquicos señores feudales de la época carolingia; una valoración superlativa del sentimiento del honor. En la maravillosa descripción de su muerte advertimos, además, una clara idea del sentimiento de patria y una consagración heroica al emperador, para quien son sus últimos recuerdos: sentimientos ambos extraños a los primeros caballeros feudales. Hay a lo largo del poema detalles delicados de un amor entrañable al hogar (la añoranza de los padres, de la esposa y de los hijos lejanos); de una fe cristiana sincera y profunda, ajena a toda afectación e hipocresía. Y junto a estas cualidades, como una supervivencia del guerrero feroz, el placer de la lucha, la alegría de combatir, el grito de satisfacción ante el enemigo que cae derrocado y la sangre que corre en el campo de batalla.

Es bien sabido que Roldán es el héroe literario de numerosas obras magistrales de casi toda la literatura mundial, sobre todo de la italiana, la alemana, la inglesa y a española. Y si en esta última no alcanzó más popularidad es porque en los mismos años en que se escribía la Chanson de Roland, vivía auténticas gestas de epopeya en la Península Ibérica un héroe que a los pocos años había de pasar a la posteridad inmortalizado en un poema, el más grandioso y realista de los que se compusieron en la Edad Media; y que había de dar también base y argumentos a numerosas obras geniales de toda la literatura europea: el Cantar del mio Cid. Desde el Nibelungenlied, compuesto en 1200, cuyo personaje más noble, el marqués Rüdiger de Pochlarn, vasallo del Rey de los Hunos, Etzel, denota características calcadas en el Cid, hasta El Cid de Herder, son muchas las joyas de la literatura europea, que han tenido por base la heroica figura del caballero de Vivar.

EL CID HISTORICO

La reconstrucción histórica de la vida del Cid Campeador es mérito de Don Ramón Menéndez y Pidal, en su magistral obra de síntesis: La España del Cid. Su conclusión más sorprendente es que el Cid histórico coincide a grandes rasgos con la narración del Cantar.

Rodrigo Díaz, señor de Vivar, en las tierras de Burgos, fue alférez y caballero de pro en las campañas de Don Sancho II, el Fuerte, rey de Castilla y León. Muerto alevosamente Don Sancho en el cerco de Zamora, el Cid le exigió a su hermano Don Alfonso, en Santa Gadea de Burgos, un juramento tres veces repetido de no haber tenido parte en aquel asesinato.

En desgracia del nuevo Rey de Castilla parte Don Rodrigo al destierro (1081), rodeado de un escuadrón selecto de caballeros libres, deudos y parientes suyos muchos de ellos. Como capitán y caudillo autónomo inicia una serie de escaramuzas con los moros fronterizos haciéndose famoso, temible y rico por sus repetidas victorias. Lucha a las órdenes de varios príncipes moros, vence en una batalla al Conde de Barcelona y, convertido ya en ejército su primitiva hueste, sitia y conquista la perla de Levante, la ciudad de Valencia. Por el matrimonio de sus hijas con los Condes de Barcelona e infantes de Navarra, el Cid queda vinculado a las familias principescas de la Península.



EL CANTAR DEL MIO CID

Rodrigo falleció en el ocaso del siglo XI (1099). Cuarenta años más tarde comenzaba a cantarse el poema de sus hazañas. El juglar, muy próximo a los hechos, hubo de respetar en líneas generales la figura histórica del Cid. Es la explicación del intenso realismo del poema.

Sin embargo el poeta se deja a veces contagiar de la leyenda que rápidamente iba aureolando los recientes hechos del caballero castellano. Son legendarias las bodas de los condes de Carrión, el episodio de Corpes, el juicio en la corte de Toledo, una de las batallas contra el Conde de Barcelona y multitud de pintorescos detalles: como el del león y las arcas de arena.

EL CID, FLOR DE LA CABALLERIA CRISTIANA

Hablamos ya del Cid del poema, retocado moralmente e indudablemente mejorado por el juglar. Desaparecen, por ejemplo, en el cantar el hecho del saqueo de la Rloja por Don Rodrigo y varios hechos evidentes de crueldad del Cid histórico.

El Cid del poema es una maravillosa realización del ideal de caballero cristiano; que la Iglesia había creado a lo largo del siglo XI. Sería labor fácil señalar en los toscos versos del poema los rasgos característicos de ese ideal de caballero cristiano.

EL SENTIDO CRISTIANO DEL HOGAR. — Uno de los rasgos más nobles del Cid Campeador es el amor al hogar y el sentido cristiano de la familia. El poema arranca precisamente con la descripción de las lágrimas—humanas y viriles—del Cid, al abandonar su solar de Vivar:

En Cardeña se arranca—como la uña de la carne—de su esposa y de sus hijas.

*Enclinó las manos la barba vellida
a las sues fijas en brazo las prendía
llegolas al corazón, ca mucho las quería.
... El Cid a doña Ximena ivála abrazar
doña Ximena al Cid la manol va besar,
llorando de los ojos, que non sabe qué se far.
E él a las niñas tornolas a catar
... Llorando de los ojos, que non vidiestes tal
assis parten unos d'otros, commo la uña de la carne.*

¡Qué grande satisfacción la del desterrado caballero cuando Albar Fañez, de vuelta de su primera embajada, le da noticias de su mujer y de sus hijas.

*¡Dios, cómmo es alegre la barba vellida,
que Albar Fañez pagó las mill missas,
e quel dixo saludes de su mugier e de sus fijas!
Dios, cómmo fo el Cid pagado e fizo grant alegría!*

Pero la satisfacción se colma cuando, ganada Valencia, ve entrar por las puertas de la ciudad a la esposa añorada y la florida juventud de sus dos hijas, Doña El-

vira y Doña Sol. Las abraza, ellas le besan la mano y el indomable guerrero, rebosante de satisfacción, sube al alcázar para enseñarles la florida huerta de Valencia,

*Adeliñó mio Cid con ellas al alcacer
allá las subie en el mas alto logar.
Ojos vellidos catan a todas partes,
miran Valencia cómo yaze la cibdad,
e del otra parte a ojo han el mar;
e todas las otras cosas que eran de solaz
miran la huerta, espessa es e grand,
alzan las manos para Dios rogar,
desta ganancia cómo es buena e grand.*

Junto al amor de los seres familiares, está en el Cid y en sus caballeros el respeto a toda dama. Cuando en el juicio de Toledo quedan vengadas las hijas del Cid con la derrota en duelo de los Condes de Carrión, el juglar apostrofa: "¡Quien a una dama escarnece y abandona sufra tal y aun peor!"

EL IMPETU GUERRERO. — Señalábamos más arriba como una de las características de los caballeros cristianos de la Edad Media el espíritu guerrero, la satisfacción de la lucha y del combate cuerpo a cuerpo. Todo el poema del mío Cid está impregnado de ese ardor guerrero, de ese placer de la lucha.

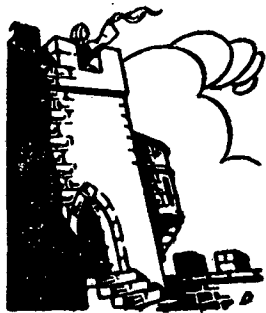
Bastaría aludir a la primera gran batalla campal del Castillo de Alcocer, cuando el alférez Pedro Bermúdez, sin atender a las voces del Campeador arrojase en medio de las filas enemigas, acude en su ayuda Minaya y entra por fin al combate Don Rodrigo al grito: Yo soy Ruy Díaz, el Cid Campeador de Vivar:

*¡Qual lidia bien sobre exorado arzón
mio Cid Ruy Díaz, el buen lidiador.
... A Minaya Albar Fañez matáronle el cavallo
bien lo acorren mesnadas de cristianos.
La lanza á quebrada, al espada metió mano,
maguer de pie buenos golpes va dando.
Violo mio Cid Ruy Díaz el Castellano
acostós a un alguacil que tenía buen cavallo,
diól tal espadada con el so diestro brazo
cortol por la cintura, el medio echó en campo....*

No tenemos por qué insistir en esta característica guerrera y en el valor combativo del Cid. Es la esencia misma de todo el poema.

LA FIDELIDAD AL REY. — Mucho más sorprendente y admirable resulta la fidelidad del Cid, respecto del Rey Don Alfonso, que lo ha desterrado de sus dominios. Fidelidad del más puro y noble carácter feudal, tan ajeno al irrespeto que atribuyen al Cid los versos del Romancero, degeneración del Cantar de Gesta. El caudillo castellano lucha con alguna frecuencia a las órdenes de príncipes moros; y sin embargo la mejor y primera parte del botín es para su señor natural, el rey Alfonso. En la propia batalla de Alcocer, a que acabamos de aludir, tenemos elocuente ejemplo de ello: Al terminar a batalla se dirige el Cid a Albar Fañez:

*"Oid, Minaya, sodes mio destro brazo!
D'aquesta riqueza que el Criador nos a dado
a vuestra guisa prended con vuestra mano.
Enbiar vos quiero a Castiella con mandado
desta batalla que habemos arrancado;
al rey Alfos que me á ayrado
quierol enbiar en don treinta cavallos
todos con siellas e muy bien enfrenados,
señas espadas de los arzones colgando".
Dixo Minaya Alfar Fañez: "esto faré yo de grado".*



EL SENTIMIENTO DEL HONOR. — Es otra de las características más destacadas del Cantar del mío Cid.

Al Conde de Barcelona, vencido en campal combate, el Campeador devuelve todo el botín de la batalla. Es un caballero cristiano el Conde vencido.

Agraviado por los Condes de Carrión en lo que amaba más que a la su alma en sus dos hijas, no descansa hasta que quedan vengadas en juicio por la victoria de sus caballeros sobre los Condes de Carrión.

¡Qué extremada precaución la del invencible caballero castellano con su barba vellida, que nadie mesó. Al entrar en la corte de Toledo, por temor a posibles desacatos la lleva prendida con un cordón de oro. Cuando el Rey concede el duelo de sus caballeros para el desagravio de sus hijas, Ruy Díaz suelta el capillo, el cordón de oro, la cofia, la barba y el cabello. ¡Luchando brazo a brazo, quien se las pusiera mesar? Y cuando el envidioso García Ordoñez alude despectivamente a su luenga barba, responde el Cid encolerizado: "No la mesó jamás hijo de moro ni de cristiano, como yo la vuestra, Conde, en el Castillo de Cabra. La que allí os arranqué no ha crecido todavía, que aquí traigo el mechón en mi bolsa".

La fidelidad a la palabra empeñada, es una de las glorias de los caballeros del Cid. La mayor injuria, que borbotan en su ira contra los condes de Carrión, es: "Calla alevoso, boca sin verdad".

FE Y PIEDAD CRISTIANA. — En el Cid y sus caballeros, soldados de Cristo en la Cruzada contra los moros, es profundamente sincero y aun altivo y orgulloso el alarde de su fe cristiana. El agradecimiento a Dios por las ganancias obtenidas, el reconocimiento de su providencia, el recurso a su poder omnipotente saltan a la vista en cada página del Cantar.

Son frases continuas: **Plégue a Dios e Santa María.** — **Grado sea al Creador e a Santa María madre.** — **Con Dios, aquesta lid yo la he de arrancar.** — **El Creador lo mande.** — **De aquesta riqueza, que el Creador nos ha dado...**

Toda la epopeya está envuelta en aquella piedad varonil, que se refleja en la despedida de Cardeña. Antes de cabalgar hacia los campos de sus hazañas épicas, el Cid se arrodilla en la Iglesia de la Abadía; escucha maitines y misa, abraza a su esposa y a sus hijas y "las encomienda a Dios, e a su Padre-Espiritual", que era el Abad, y parte a galope, no sin tornar los ojos hacia sus prendas queridas, mientras escucha la grave voz de Albar Fáñez, su diestro brazo: "Dejad esos duelos, Señor, que han de convertirse en gozo y honor; Dios que nos dió las almas, nos dará también el consejo".

Tal es el retrato moral de Ruy Díaz, el Cid Campeador de Vivar, el héroe hispánico por antonomasia, flor y espejo de la Caballería cristiana medioeval.

M. AGUIRRE ELORRIAGA.

